

“*Coherencia: Actitud lógica y consecuente con los principios que se profesan*”. La segunda acepción que nos expone la RAE sobre esta palabra es toda una excepción en el panorama político y social que nos ha tocado vivir en estos tiempos.

Como se echa de menos la coherencia en la actuación de una clase política muchísimo más preocupada en no perder sus respectivas parcelas de poder que en servir a los ciudadanos a los que dicen representar. Solo por la absoluta falta de coherencia podemos entender que una de las cabezas más incompetentes que han estado al frente de un ministerio (y hemos tenido bastantes aspirantes al “título”) engendre la ley del “solo sí es sí” creada teóricamente para proteger a las mujeres que dice defender y ponga en la calle o acorte las penas de muchísimos agresores y violadores. Con que solamente hubiese sido uno, el beneficiado de esa chapuza jurídica, ya habría sido demasiado. Pero la cuenta suma y sigue. ¿Para que iban a incluir una disposición transitoria que evitase en parte el problema? ¿Van a saber los jueces más que ellas y el “cerebro” en la trastienda, que sigue dirigiendo los hilos aunque se cortase la coleta?

Si hubiesen tenido un poco de coherencia lo primero que deberían haber hecho la ministra Montero y Ángela Rodríguez, su radical y sectaria secretaria de Estado de Igualdad, es dimitir y sobre todo pedir perdón a las víctimas. Pero no señor, no lo han hecho, y es más, han tenido la poca vergüenza de ironizar sobre el tema (“*De los creadores de las personas van a ir al registro para cambiarse de sexo todas las mañanas, llega los violadores a la calle, oleadas*” dijo la secretaria). Y además no han dudado en criminalizar a una judicatura obligada (muchas de ellas mujeres) a revisar las condenas por un principio básico del derecho.

Pero, ¿qué vamos a esperar de quienes habían venido a cambiar la política “tradicional” y han “pisado moqueta”? Ese es el problema, que fuera de los despachos ministeriales y los puestos a dedo, hace mucho frío. Una vez que se ha catado la buena vida, abandonarla por un puesto de trabajo en la vida real no es fácil. Y por lo tanto, no están dispuestas ni ellas ni sus correligionarios socios del gobierno a abandonar tan fácilmente. La culpa siempre es del otro y nadie asume responsabilidades. Porque no debemos olvidar que la responsabilidad de este vergonzoso hecho es compartida. Esta ley sale del ministerio de Igualdad pero es avalada por un Consejo de ministros y por un presidente del gobierno (el Parlamento la aprobó en agosto de 2022) que en el mismo momento en que salieron a relucir las negligentes fallas que tenía debería haber cesado a la ministra responsable. Claro, que eso podría implicar romper la coalición de gobierno si fuese coherente, pero tampoco conoce muy bien el presidente lo que es eso. Respecto a la coherencia de este presidente, aun seguimos esperando una explicación a su cambio de política con Marruecos y el Sahara, y “lo que te rondare morena” para que lo haga. ¿Lo sabremos algún día?

Eso sí, este presidente ha sido “coherente” al querer alegrar a sus socios independentistas y a algunos “compañeros” de partido al reformar y modificar el Código Penal para eliminar los delitos de sedición y malversación. Si señor, eso es “*cuidar la coalición*”, como le gusta hacer a la vicepresidenta segunda y

ministra Yolanda Díaz, una autentica especialista en no mojarse en las cuestiones más importantes de la actualidad y en divagar sin decir nada.

Los partidos que han llevado la voz cantante durante décadas y se han alternado en la presidencia de sucesivos gobiernos, PSOE y PP, son responsables de haber creado el caldo de cultivo perfecto para la irrupción de estos “nuevos” partidos que con extremistas posiciones a izquierda y derecha del espectro político decían venir a cambiarlo todo. Los casos de corrupción de PSOE y PP han facilitado la desafección de unos votantes que creían ver una alternativa en los que decían querer combatirlos. Cuando lo único que realmente han pretendido es quitarlos del poder para ponerse ellos. Han conseguido lo que era impensable para muchos: que podamos llegar a añorar los tiempos del bipartidismo.

Pero no debemos caer en el “todos son iguales”. Es peligroso sumarse a esa corriente porque esa es precisamente la fisura de la que se aprovechan los radicales para menoscabar los principios básicos de la democracia. Cuando esos pensamientos acechan, me gusta pensar en esos alcaldes o concejales, que independientemente de las siglas del partido en el que militan, se dejan la piel por intentar mejorar la situación de los ciudadanos. No todos los políticos son iguales, ni todos los ciudadanos tampoco.

Muchos de esos funcionarios y ciudadanos se dejaron la vida en el camino cuando lucharon por ejemplo contra ETA décadas atrás o más recientemente contra la terrible pandemia de la COVID. Pero ya no nos acordamos y seríamos unos desagradecidos olvidando lo sucedido.

En la sociedad de la inmediatez pensamos que de lo que no se habla y no aparece reflejado en los medios de comunicación no existe, pero no es así. La pandemia continua aunque ya no se mencionen cifras de fallecidos y pese a que a la mayoría de la gente le parezca raro seguir viendo a unos cuantos con mascarilla por las calles; pero cuando perteneces a un grupo de riesgo, como es mi caso, ves la situación de otra manera, claro está. Respecto a las víctimas de ETA, sus familiares siguen sufriendo la ausencia de los asesinados, aunque para algunos políticos sea mejor no recordar eso. Pero no debemos olvidar, porque no seríamos coherentes con la empatía que decíamos sentir por esas víctimas.

La invasión de Ucrania a manos del criminal de guerra Putin, que en febrero ha cumplido un año, también nos ha servido para recordar que el mundo no ha vivido en paz desde que finalizó la que muchos creían que había sido la última guerra: la II Guerra Mundial. El mundo no pasó a ser un lugar ajeno a las guerras. Desde 1945 no se ha vivido un año en el que no se desarrollasen varios conflictos bélicos a lo largo del mundo. Que no protagonicen las primeras planas de los periodicos no significa que no existan y sigan muriendo víctimas inocentes constantemente.

Ucrania ha sido la última en sumarse a una larga e incomoda lista de países azotados por la guerra (lo estaba desde el 2014). No la olvidemos como se ha hecho con otros. No caigamos en el infantilismo de indocumentadas como Ione Belarra. Ayudar a Ucrania no es colaborar con la guerra. Es ayudar al agredido. Ucrania no merece que miremos a otro lado. Seamos coherentes. **MLL**